

Bulerías de la Berbería

Adriano Franconetti

Desde dentro del Peñón
canto al Campo de Gibraltar,
al Flecha y al Chaquetón,
desde el Patio del Coral.

Soy un mártir de San Roque;
gran castillo en Castellar;
por Jimena, alcornoques;
tras Tarifa, un vendaval.

La Atunara del Chaqueta,
Tesorillo en San Martín,
Saladillo y sus torretas,
los Junquillos del hachís.

Rinconcillo, Pescadores,
El Pelayo y El Zabal,
los Pañeros, cantaores
de Algeciras, mi ciudad.

Soy el alma de Alejandro,
seguiriya y soleá,
la canela de los campos,
los barquitos de la mar.

Un peldaño en San Isidro,
el Levante por toná.
Compás: calle San Francisco,
viejo cidro y limonar.

Alto cerro en Bajadilla,
La Montera de Los Barrios,
mil estrellas por mantilla.
En Bolonia: ¡agua y barro!

De Carteia a Baelo Claudia,
el tío Rubio a jaca y carro,
canasteros andarríos
del Genal al Guadiaro.

¡Oh!

Extrarradios del mercado,
cualquier lonja a la mañana.
La mojama, el pescado,
perejil de mil gitanas.

Martinete en tío Mollino;
voz de Pepe el Sevillano;
Antonio Sánchez Pecino;
Ramón, Pepe y el gran Paco.

Chiquetete en trío Piñero;
los Jarritos creando escuela;
Salvorito, el Verdulero,
y el Niño de la Cantera.

¡Ay!

José María Bandera,
heredero del legado
junto a José Carlos Gómez.
¡Sus bordones justo al lado!

Desde la Iglesia del Carmen,
pasando por Plaza Alta,
Avenida Blas Infante,
ahí resuenan sus guitarras.

De la Capilla de Europa
se divisa la Bahía
más bonita y más garbosa
de toda la Andalucía.

Dicen que no eres la misma,
que te llamas Almoraima,
que te pintas, muy distinta,
con espejos en las jaimas.

Que te peinas con tres trenzas
enlazadas a la espalda,
cuentan que, del estraperlo,
aún perduran tus palabras.

Que susurras por Pastora,
que entre tercios tocas palmas,
que de Andrades te enamoras.
¡Carlos Llave al son te calma!

Hay cosas que nunca cambian.
De Florencio al Encajero,
por mucho que pase el tiempo:
¡Juan Luis Soto Montero!

La memoria nunca muere.
Queda encalada a las calles
para aquel que escucha y duele,
para aquel que calla y sabe.

Bolonia

Adriano Franconetti

Bienvenidos a mis dominios,
tierras taifas de Tarifa,
donde vivió el Viejo Plinio
entre cien tumbas fenicias.

La Virreina de los Vientos
es suprema soberana
y a merced de sus tormentos
nadamos entre dos aguas.

Su palacio está en Bolonia,
de la duna a Baelo Claudia,
desde la arena a las conchas,
de los bares a la playa.

Cuando llegues, reza un salmo,
una adhan, minjá o arvit.
Y después alza tu canto
dando gracias por venir.

Este fue el centro del mundo,
tesoro de los tartessos,
de romanos oriundos
y de moriscos conversos.

En el fondo de sus mares,
en el punto más profundo,
se encuentran mis manantiales.
¡Cruel destino de mil rumbos!

Ya dijo Guzmán El Bueno:
“Antes maten a mi hijo
que entregarles yo este pueblo
donde encallan los alijos”.

Paraíso tras atunes,
como cantaba Ruibal:
“Dime de lo que presumes...”
¡¿Pa’ qué vamos a engañar?!

En la Isla de las Palomas,
con el aire a pocos nudos,
donde se rompen las olas...
¡Los poetas quedan mudos!

No hay edén, ya más al sur,
de esta perla gaditana,
que nos baña con su luz
y nos besa en sal la cara.

Somos los hijos de Heracles,
guardianes de sus columnas
y aunque un huracán nos mate
no hay debacle que nos hunda.

Disfrutad de cada aliento
en este imperio del Sol
y dad gracias, cuando muertos,
de que aquí os plantase Dios.

